

XII

Acababa de enviar la última cuartilla de mi trabajo sobre la guerra, cuando llegó la terrible noticia del nuevo crimen cometido con el pueblo ruso por esos hombres ligeros, ebrios de poder, que se han apropiado el derecho de disponer de su suerte. Nuevamente, vestidos con trajes diversos, cubiertos de condecoraciones, los siervos groseros de los siervos, los generales de distintas clases, por deseo de distinguirse ó de poder añadir á su uniforme abigarrado una estrella ó una banda más, por necesidad ó por negligencia, esos hombres pequeños, miserables, nuevamente han hecho perecer entre atroces sufrimientos á muchos de esos obreros honrados, buenos, laboriosos, que les alimentan. Y nuevamente ese crimen no sólo no hace reflexionar ó arrepentirse á los que lo co-

meten, sino que no se oyen ni se leen más que peticiones de medios para mutilar más pronto y matar el mayor número posible de hombres, arruinando más familias rusas y japonesas.

Y no es esto todo. Para preparar á los hombres para otro crimen análogo, los ejecutores de tales obras no sólo no reconocen lo que es evidente á los ojos de todos, es decir, que para los rusos, aun desde su punto de vista patriótico, militar, la derrota ha sido vergonzosa, sino que hasta tratan de demostrar á los hombres crédulos que esos desgraciados obreros rusos llevados á la pelea como bestias al matadero, que esos hombres de los cuales se han degollado y mutilado muchos miles, simplemente porque un general no comprendió lo que dijo otro general, que esos hombres han llevado á cabo un acto heroico por el hecho de que los que no pudieron huir fueron muertos y los que pudieron escapar quedaron vivos.

Y el hecho de que uno de esos hombres horribles, inmorales, crueles, que se llaman generales y almirantes, hiciera morir á mu-

chos pacíficos japoneses, es igualmente descrito como un gran acto heroico que debe regocijar á los rusos. Y en todos los periódicos se publica un terrible llamamiento al asesinato.

«¡Que los 2.000 soldados rusos muertos sobre el Yalou con el *Revitzan* y los demás navíos perdidos sirvan de lección á nuestra marina para que sepan el brío con que han de impulsar sus cruceros hacia las costas del Japón! Puesto que éste ha enviado sus soldados á derramar sangre rusa, que no espere de nosotros ninguna gracia. No podemos mostrarnos sentimentales; fuera eso un pecado; es menester dar terribles golpes, cuyo recuerdo haga temblar el corazón pérfido de los japoneses.»

*
* *

Ha llegado el momento para los cruceros de mostrarse en alta mar y reducir á cenizas las ciudades del Japón, para correr como una plaga á lo largo de aquellas magníficas orillas. ¡Se acabó el sentimentalismo!

Y la horrible obra es continuada con los

saqueos, las violencias, el robo, y principalmente la mentira más terrible: la deformación de las doctrinas religiosas, tanto cristianas como budistas.

El emperador sigue pasando revista, dando acciones de gracias, recompensando, animando, publicando decretos sobre el llamamiento á los reservistas. Los fieles súbditos ponen nuevamente á los pies del monarca, á quien llaman el adorado, sus bienes y sus vidas; pero esto solamente son palabras. Y sin embargo, á fin de sobrepujarse unos á otros por actos y no sólo por frases, arrancan á las familias padres y sostenes, y los preparan para la expedición á la carnicería.

Respecto á los periodistas, cuanto más grave es la situación de los rusos, más desvergonzadamente mienten, transformando las derrotas vergonzosas en victorias, sabiendo que por nadie serán contradecidos, y embolsándose con gran tranquilidad el dinero de la suscripción y de la venta.

Cuanto más dinero se gasta en la guerra, más dilapidan los jefes y los hombres de negocios, que saben que nadie les de-

nunciará y que todos roban. Los militares, educados para el asesinato, que pasaran decenas de años en la escuela del salvajismo, de la grosería, de la ociosidad, se regocijan de que, además del aumento de sueldo, la muerte de los otros oficiales les hace ascender poco á poco.

Los pastores cristianos continúan llamando á los hombres al mayor crimen; siguen cometiendo el sacrilegio de invocar la ayuda de Dios para la guerra, y no sólo no censuran, sino que hasta justifican y glorifican al pastor que, con la cruz en la mano, alienta á los hombres en los lugares mismos del crimen.

Y lo propio sucede en el Japón. Los ebrios japoneses, que imitan cuanto hay de malo en Europa, acrecentando su celo por sus victorias, se precipitan al crimen. El Mikado también hace revistas, también otorga recompensas. Sus generales se alaban de igual modo, se imaginan que, habiendo aprendido á matar, han adquirido instrucción.

El desgraciado pueblo obrero, arrancado al trabajo útil y á su familia, gime como

el ruso. De igual modo, los periodistas mienten y se regocijan con la exageración de la verdad, y probablemente también (puesto que allí donde el asesinato es una virtud los vicios florecen) los diversos jefes y videntes ganan dinero.

Y los teólogos japoneses y los pastores religiosos, que á su vez no olvidan el engaño en materia de religión y el sacrilegio, deforman la doctrina de Buda y admiten, hasta justifican el asesinato, por Buda prohibido.

El sabio budista Soyen Shaku, que dirige ochocientos conventos, explica que Buda prohibió el asesinato, pero dijo que no estaría tranquilo sino cuando todos los seres se hallasen unidos en el corazón infinito, amante, y que para ponerlo todo en orden es necesario hacer la guerra y matar hombres. Y todo se verifica como si la doctrina cristiana y la doctrina budista sobre la unidad del espíritu humano, sobre la fraternidad de los hombres, sobre el amor, sobre la compasión, sobre la inviolabilidad de la vida humana, no hubieran nunca existido. Hombres iluminados por la luz de la

verdad, japoneses y rusos, peores que animales salvajes, se lanzan unos contra otros con el sólo deseo de destruir el mayor número posible de vidas. Miles de infortunados gimen y se agitan convulsamente en terribles sufrimientos, y mueren en los hospitales japoneses y rusos, preguntándose con admiración por qué han sido heridos.

Otros se pudren á miles, bajo tierra ó sobre la tierra, ó se ahogan en el mar, donde flotan y se descomponen. Y decenas de millares de mujeres, de padres, de madres, de hijos, lloran por sus cabezas de familia, muertos en vano.

Pero todo esto es poco: víctimas y más víctimas prepáranse todavía. El cuidado principal de los jefes asesinos es, de parte de los rusos, procurarse la suficiente carne de cañón, los 3.000 hombres diarios destinados á la muerte.

Los japoneses obran lo mismo. Constantemente se están echando saltones al río para que los últimos pasen por encima de los ahogados.

¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cuándo, en fin, los hombres engañados volverán en

sí y dirán: «Vosotros, reyes, Mikado, ministros, metropolitanos, sacerdotes, generales, periodistas, hombres de negocios, cualquiera que sea el nombre que se os dé, vosotros, los despiadados, podéis ir, si queréis, bajo las balas, porque nosotros no vamos ya. Dejadnos tranquilos, dejadnos labrar y sembrar»?

¡Qué natural sería decir esto ahora que, en nuestro país, en Rusia, centenares de miles de madres, mujeres é hijos á quienes se han arrebatado sus hombres, los reservistas (como se les llama), cuya mayor parte saben leer, tienen conocimiento de lo que es el Extremo Oriente, están enterados de que se hace la guerra, no por una obra necesaria á los rusos, sino por una tierra extranjera que ciertos hombres de negocios necesitan para construir en ella caminos de hierro y hacerse ricos! Saben ó pueden saber también que se les matará como se mata á un cordero, porque los japoneses tienen máquinas asesinas más perfeccionadas que las nuestras, puesto que las autoridades rusas que los mandan á la muerte no tienen la previsión de procurarse á tiem-

po las armas de que disponen los japoneses.

Sabiendo todo esto, naturalísimo sería exclamar: «Vosotros los que suscitasteis esta contienda; vosotros para quienes la guerra es necesaria y que la justificáis, podéis ir bajo las balas japonesas; nosotros no iremos, porque, no sólo no tenemos necesidad de lo que vosotros queréis, sino que hasta nos parece innecesario.»

Pero no lo dicen. Parten y partirán; no pueden dejar de hacerlo mientras teman á lo que mata el cuerpo y no á lo que mata el alma.

«¿Seré muerto ó mutilado en Yunan Po, adonde se me envía? Razonando, lo ignoro; tal vez salga ileso, lleno de condecoraciones, de gloria, como esos marinos á quienes actualmente se festeja en toda Rusia, porque las balas japonesas no cayeron sobre ellos, sino sobre los otros. Y si me niego á obedecer, seré seguramente encerrado en la cárcel, deportado á Irkutsk, y tal vez se me mate inmediatamente.»

Y con la desesperación en el alma, parten y abandonan la vida buena, razonable, y sus mujeres y sus hijos.

Ayer me encontré á un reservista, acompañado de su madre y su esposa. Los tres iban en una carreta. Él ligeramente borracho. El rostro de la mujer estaba cubierto de lágrimas.

—Adiós, León Micolaiévitch—me dijo—; me voy al Extremo Oriente.

—¡Cómo! ¿Acaso vas á batirte?

—Menester es que uno se bata.

—Nadie se debe batir.

Reflexionó un instante y dijo:

—Pero ¿qué hacer? ¿*Adónde ir?*

Vi que me había comprendido. Había comprendido que la obra por la cual se le enviaba á la pelea es mala.

¿*Adónde ir?* He ahí la expresión exacta del estado de alma que se traduce en el mundo oficial y el de los periodistas por las palabras «Por la religión, por el zar y por la patria.»

Los que abandonan la familia hambrienta y van al sufrimiento y á la muerte, dicen lo que sienten: «¿*Adónde ir?*» Y los que permanecen en seguridad en sus palacios lujosos, dicen que todos los rusos están dispuestos á sacrificar su vida por el mo-

marca adorado, por la gloria y la grandeza de Rusia.

De un aldeano á quien conozco, he recibido dos cartas.

He aquí la primera:

«Querido León Nicolaievitch: Ya sé á qué atenerme. Hoy he recibido el aviso de llamamiento al servicio; mañana me he de presentar á la cancillería. Y en seguida he de partir para el Extremo Oriente, á pelear bajo las balas japonesas. De mi dolor y del de mi familia nada os digo, porque comprenderéis el horror de mi situación y los terrores de la guerra. Todo esto os hace sufrir mucho tiempo y de sobra lo comprendo. ¡Cuánto he deseado verle y hablarle en estos últimos días! Le había escrito una larga carta en la cual le exponía los sufrimientos de mi alma, pero no había tenido tiempo de copiarla al recibir este aviso. ¿Qué harán ahora mi mujer y mis cuatro pequeñuelos? Sois demasiado viejo, y sin duda no podréis interesaros por los míos; pero podéis pedir á uno de vuestros amigos que en sus paseos visite á mi familia

huérfana. Pido de todo corazón que si mi mujer no soporta los sufrimientos de su abandono con los niños y se decide á ir en busca de vuestra ayuda y consejo, la recibáis y la consoléis. Aun cuando ella no os conozca personalmente, cree en vuestra palabra, lo cual es mucho mejor. No he podido dejar de responder al llamamiento; pero de antemano os digo que, por mi causa, ni una sola familia será huérfana.

» ¡Oh, Dios! ¡cuán horrible, cruel y penoso es abandonar todo lo que hace la vida, todo lo que á uno le interesa! »

He aquí la segunda carta:

« Querido León Nicolaievitch: No ha transcurrido más que un día de servicio, y he vivido ya una eternidad de los más terribles sufrimientos. Desde las ocho de la mañana á las nueve de la noche hemos estado amontonados en el patio del cuartel como un rebaño de animales. Tres veces se ha repetido la comedia de la inspección de cuerpo, y todos los que se han mostrado enfermos no han podido obtener ni diez minutos de atención y han sido tachados

de «útiles». Cuando todos los «útiles», dos mil hombres, hemos sido clasificados y puestos en hilera desde la cancillería al cuartel, en la calle, en una extensión de una versta, había allí una multitud de padres, de madres, de mujeres con sus hijos en brazos... ¡Y si hubierais visto y oído cómo se agarraban á sus padres, á sus maridos, á sus hijos, y se arrastraban cogidos á su cuello, sollozando con desesperación!... Yo en general me domino, contengo mis sentimientos; pero aquello era más fuerte que yo, y también he llorado... (*En el lenguaje de los periódicos esto se expresa así: «El ardor patriótico es inusitado.»*)

»¿Á qué comparar ese inmenso dolor que va á esparcirse en una tercera parte del mundo entero? ¡Y nosotros no somos ahora sino carne de cañón, que pronto será dada en sacrificio al Dios de la venganza y del espanto!»

Este hombre no cree aún que es menos terrible perder el cuerpo que perder el cuerpo y el alma. He aquí por qué no puede negarse á servir.

Pero al abandonar á su familia, prométese de antemano que por él ni una sola familia será huérfana. Creen en la ley divina principal, en la ley de todas las religiones: «Obra con los otros como quisieras se obra-se contigo.»

Y en nuestro tiempo, no sólo en el mundo cristiano, sino también en el mundo budista, mahometano, brahmánico, etcétera, hay miles y millones de hombres semejantes.

Existen verdaderos héroes, no de esos á quienes se honra hoy porque queriendo matar á los demás no fueron ellos muertos, sino verdaderos héroes, que están actualmente en las prisiones de Irkutsk por no haber querido entrar en las filas de los asesinos y prefirieron el martirio al abandono de la ley de Cristo. Los hay, tales como el que me escribe, que irán al servicio, pero no matarán.

Pero hasta esa mayoría que parte sin reflexionar, por no pensar en lo que hace, hasta esos hombres, en el fondo de su alma sienten que llevan á cabo un acto malo obedeciendo á las autoridades que les arran-

can al trabajo, á la familia, y los envían al asesinato inútil, contrario á su alma y á su religión.

Pero parten porque se hallan de tal modo ligados en todo sentido, que no saben *adónde ir*. Y los que permanecen en sus casas no sólo lo sienten, sino que hasta lo expresan.

Ayer me encontré en la carretera con un grupo de aldeanos que regresaban de Tula. Uno de ellos, que caminaba al lado de la carreta, leía una pequeña hoja. Le he preguntado:

—¿Es un telegrama?

Él se ha detenido.

—Es el telegrama de ayer—me ha dicho—; pero también tengo el de hoy.

Lo sacó del bolsillo, nos paramos y lo leí.

—¿Qué sucedió ayer en la estación? —comenzó á decir aquel hombre, respondiendo á una pregunta mía—. ¡Aquello fué horrible! Entre mujeres y niños había más de mil almas. Todo el mundo aullaba. Se rodeó el tren; no se le dejaba partir. Hasta los extraños lloraban mirando lo que pasaba. Una mujer de Tula dejó escapar un

«¡ah!» y cayó muerta. Deja cinco hijos. Se les ha distribuído en los asilos, mas, á pesar de todo, se han llevado al padre... ¿Y qué falta nos hace la Mandchuria? ¡Nos basta con nuestra tierra! ¡Y cuánta gente ha muerto, cuánto dinero se ha gastado!

*
* *

En la actualidad, las ideas de los hombres sobre la guerra son muy distintas de lo que fueron en otro tiempo, aun recientemente, en 1877.

Nunca sucedió lo que ocurre hoy. Los periódicos escriben que á la llegada del zar, que ahora recorre la Rusia para hipnotizar á los hombres que se envían al asesinato, el pueblo manifiesta un entusiasmo indescriptible.

Pero, en realidad, otra cosa sucede. Se oye decir que tres reservistas se han ahorcado, que dos se han suicidado por otro procedimiento. Una mujer, cuyo esposo ha sido llamado á las filas, ha llevado á sus hijos á la cancillería y los ha abandonado allí. Otra se ha ahorcado en la casa del jefe del reclutamiento.

Todo el mundo está disgustado, excitado, sombrío. Las palabras «¡Por la religión, por el zar, por la patria!», no suenan para el hombre como en los pasados tiempos. Otra guerra, la de la conciencia, de la injusticia y del pecado, la de la obra á la cual son llamados todos los hombres, arrastra cada vez más á los pueblos.

La gran lucha de nuestra época no es la que actualmente se desarrolla entre los japoneses y los rusos, ni la que puede estallar entre las razas blanca y amarilla; no es la lucha que se conduce con minas, bombas y balas; es la lucha espiritual, que se produce diariamente entre la conciencia cada vez más aclarada de la humanidad, pronta á manifestarse, y las tinieblas y la opresión, que la cercan y la aplastan.

El mismo Cristo sufría en su tiempo á causa de la espera, y decía: «Vine á sembrar el fuego en la tierra. ¿Qué puedo, pues, desear, si ya está encendido?»

Lo que Cristo anhelaba se realiza. El fuego se enciende; no nos opongamos á su extensión; facilémosla.